

LOS CONTEMPORÁNEOS

nº 472, 17 de enero 1918

LOS MUERTOS MANDAN

Extracto de la hermosa novela del genial novelista

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Por

Miguel Cánovas

I

Jaime Febrer se levantó a las nueve de la mañana. *Madò* Antonia, que le había visto nacer, servidora respetuosa de las glorias de la familia, movíase desde las ocho en la habitación, para despertarle.

Habíase dormido tarde, desasosegado y nervioso por la importancia del acto que iba a realizar en la mañana siguiente, y el aturdimiento de un sueño corto e ineficaz le hizo buscar con avidez la caricia reconfortante del agua fría. Al lavarse en una palangana estudiantil, angosta y pobre, Febrer tuvo un gesto de tristeza. ¡Ah, miseria!... Le faltaban las más rudimentarias comodidades en aquella casa de un lujo señorial y vetusto que los ricos modernos no podían improvisar. La pobreza surgía al paso, con todas sus molestias, en estos salones que le recordaban los espléndidos decorados de ciertos teatros vistos en sus viajes por Europa. Los techos lucían aún el viejo esplendor de los artesonados, unos oscuros, de artificiosas trabazones, otros con un dorado mate y venerable que hacía resaltar los cuarteles coloreados de las armas de la casa. El dormitorio estaba adornado con ocho grandes tapices. El arco que dividía el verdadero dormitorio del resto de la habitación tenía algo de triunfal, con columnas acanaladas sosteniendo un medio punto de follaje tallado, todo de un oro pálido y discreto, como si fuese un altar. El viejo caserón de los Febrer, con sus hermosos ventanales faltos de vidrios, sus salones llenos de tapices y sin alfombras, sus muebles venerables confundidos con los más ruines enseres, parecíale un príncipe en la miseria, ostentando aún manto brillante y corona gloriosa, pero descalzo y sin ropa blanca.

Él era igual a este palacio, imponente y vacío caparazón que en otros tiempos había guardado la gloria y la riqueza de sus abuelos. Unos habían sido mercaderes, otros soldados, todos navegantes. Las armas de los Febrer habían ondeado en flámulas y banderas sobre más de cincuenta navíos de gavia.

Luego, esta dinastía de soldados del mar, al retirarse de la navegación comercial, había rendido tributo de sangre a la seguridad de los reinos cristianos y a la fe católica, haciendo ingresar una parte de sus hijos en la santa milicia de los caballeros de Malta.

Monarcas famosos, al pasar por Mallorca, habían salido del alcázar de la Almudaina para visitar a los Febrer en su palacio.

Entró *madò* Antonia, dejando sobre la mesa un tazón humeante de café con leche y una gran rebanada de pan cubierta de manteca. Jaime atacó el desayuno con avidez, y al mascar el pan hizo un gesto de desagrado.

—Esto debe acabar —dijo—. Esto acabará hoy mismo: estoy decidido... Sábelo, *madò*, antes de que la noticia corra: me caso.

La criada juntó las manos devotamente para expresar su asombro y elevó la mirada al techo. ¡Santísimo Cristo de la Sangre! Ya era hora... Antes debía haberlo hecho, y otro sería el estado de la casa. Despertose en ella la curiosidad y preguntó con una avidez de campesina:

—¿Es rica?...

El gesto afirmativo del señor no la sorprendió. Forzosamente había de ser rica.

—¡Será joven! —afirmó la vieja para sacar más noticias a su señor.

—Sí, joven; mucho más joven que yo; demasiado joven: unos veintidós años. Poco me falta para poder ser su padre.

Madò hizo un gesto de protesta. Don Jaime era el hombre más guapo de la isla.

—¿Y ella es de buena casa? —siguió preguntando para forzar el laconismo de su señor.

—No, *madò*... Me caso con una *chueta*... Me caso con la hija de don Benito Valls. Para eso voy hoy a Valldemosa.

La voz apagada de Jaime, sus ojos bajos, el acento tímido con que susurró estas palabras, quitaron toda duda a la sirvienta. Quedó esta con la boca abierta, los brazos caídos, sin fuerzas para levantar las manos ni los ojos.

—¡Señor..., Señor..., Señor!...

Le era imposible decir más.

Y agarrando el vacío tazón y los restos del pan, echó a correr, deseosa de refugiarse cuanto antes en la cocina; sentía honda tristeza por la suerte de don Jaime, como si le viese en peligro de muerte. ¡Acabar de este modo la casa de los Febrer! ¿Y Dios podía tolerar tales cosas?... ¿Qué iban a decir sus ilustres parientes? ¡Qué vergüenza la de su tía doña Juana, aquella noble señora, la más santa y linajuda de la isla, a la que unos por burla y otros por exceso de veneración llamaban la Papisa!

Al entrar en el Borne atrajo su atención la inmovilidad de varios paseantes, que bajo la sombra de los copudos árboles contemplaban a unos campesinos detenidos ante el escaparate de una tienda.

Eran, indudablemente, un padre con su hija y su hijo. El campesino calzaba blancas alpargatas, sobre las que caía la ancha campana de un pantalón de pana azul. Su chaqueta-blusa iba sujeta sobre el pecho con un broche, dejando ver la camisa y la faja. Un mantón oscuro de mujer descansaba sobre sus hombros como un chal, para completar este atavío semifemenil, que contrastaba con sus facciones duras y morenas de moro.

La muchacha era la que llamaba más la atención, con su falda verde de menudos pliegues, bajo la cual se adivinaba la presencia de otras faldas, hinchado globo de varias envolturas que parecía empequeñecer aún más los pies finos y graciosos, encerrados en blancas alpargatas. El pecho ocultaba sus contornos salientes bajo un mantoncillo amarillento con flores rojas.

Jaime, por una curiosidad instintiva, se aproximó al padre y al hijo, vueltos de espaldas a la muchacha y enfrascados en la contemplación del escaparate. Era una tienda de armas.

La imagen de Febrer, reflejándose en el cristal, hizo volver al padre la cabeza rápidamente.

—*Don Chaume!*... Ay, *don Chaume!*

Tal era el aturdimiento de su sorpresa y tan grande su alegría, que, agarrando las manos de Febrer, faltó poco para que se arrodillase, al mismo tiempo que hablaba tembloroso.

Febrer, desconcertado por las vehemencias cariñosas del payés y la curiosidad respetuosa de sus dos hijos, plantados ante él, no acertaba a coordinar sus recuerdos. El buen hombre adivinó este olvido en su mirada indecisa. ¿De veras que no le reconocía? Pep Arabi, de Ibiza... Pep de Can Mallorcaí.

Pep Arabi presentaba a su familia. La *atlota* era la mayor, y se llamaba Margalida: una verdadera mujer, aunque solo tenía diecisiete años. El *atlot*, que era casi un hombre, contaba trece. Quería trabajar la tierra, como su padre y sus abuelos, pero él lo destinaba al Seminario de Ibiza, ya que era listo en asuntos de letra. Sus tierras las guardaba para un muchacho bueno y trabajador que se casase con Margalida.

Al explicar su viaje, enseñaba su fuerte dentadura de campesino con sonrisa de inocente malicia. El patrón de un laúd, gran amigo suyo, tenía carga para Mallorca, y le había invitado como por broma. Pero con él no valían bromas: ¡lo pensado, hecho al instante! Los chicos no habían estado en Mallorca: en toda la parroquia de San José, que era la suya, no había una docena de personas que conocieran la capital.

Diez horas de navegación con un mar magnífico; la *atlota* llevaba en la cesta la comida para los tres. Se marcharían al amanecer del día siguiente, pero él deseaba antes hablar con el amo. Tenían que tratar negocios.

Febrer no ocultó su asombro. ¿Pero le quedaba a él algo en Ibiza?... Pep sonrió. No eran tierras precisamente: era un peñón, un promontorio de rocas avanzado sobre el mar, pero que podía aprovecharse por la parte de tierra formando algunos bancales en su pendiente. Arriba estaba la torre del Pirata, ¿no se acordaba el señor?...

El señor, que había creído por un instante en el descubrimiento de una finca olvidada, la única de la que podía ser verdadero dueño, sonrió tristemente. ¡Ah, la torre del Pirata! Se acordaba de ella. Una roca caliza, un avance de la costa, en cuyos intersticios nacían plantas salvajes, refugio y alimento de conejos.

Y como el payés pretendiese hablar de futuras remuneraciones, Febrer dio por terminada la entrevista, ordenando a Pep y a los suyos que fuesen a su casa. El payés conocía de antiguo a *madò* Antonia, y la vieja tendría mucho gusto en verle. Comerían con ella lo que tuviese.

II

Volvía otra vez a las memorias de la infancia que había evocado en el camino de Sóller. Veíase en el venerable caserón de los Febrer con sus padres y su abuelo. Era hijo único. Su madre, una señora pálida, de belleza melancólica, había quedado enferma a consecuencia de su nacimiento.

Jaime pasaba las horas sentado a los pies del abuelo, escuchando sus relatos e intimidado por la enorme cantidad de libros que desbordaba de los armarios, extendiéndose por sillas y mesas.

Luego enseñaba a Jaime grandes estampas, con vistas de las ciudades en las que había vivido, y que al niño le parecían poblaciones de ensueño.

Algunas veces hablaba al nieto de las antiguas grandezas de la casa. Los descubrimientos geográficos habían arruinado a los Febrer. El abuelo aún había alcanzado los tiempos de verdadero señorío, cuando ser *butifarra* era en Mallorca algo que colocaban las gentes entre Dios y los caballeros.

Jaime, al verse dueño de la fortuna de los Febrer y en plena libertad, tenía veintitrés años. La tal fortuna estaba roída por las esplendideces de sus ascendientes y abrumada con toda clase de gravámenes. La casa de Febrer era grande, como esos buques que al encallar y perderse para siempre hacen la riqueza de la costa adonde van a morir.

Permaneció dos años en Madrid y tuvo amantes que le dieron cierta popularidad, caballos famosos, alborotó en los entresuelos de Fornos, fue íntimo amigo de un torero célebre y jugó fuerte en los círculos de la calle de Alcalá.

Jaime se cansó de Madrid, donde se consideraba casi un extranjero. Perduraba en él el alma de los antiguos Febrer, grandes viajeros de todos los países menos de España.

Comenzó a viajar por Europa, fijando su residencia el otoño y parte del invierno en París, los meses de frío en la Costa Azul, la primavera en Londres y el verano en Ostende, con varias expediciones a Italia, a Egipto y a Noruega para ver el sol de medianoche. En los hoteles de Niza, falansterios de la corrupción mundial más correcta e hipócrita, se había visto halagado en la obscuridad de su cuarto por inesperadas visitas. En Egipto había tenido que huir de las caricias decadentes de una condesa húngara, marchita flor de elegancia, de ojos hundidos y violento perfume, que revelaba bajo tersos y juveniles esmaltes la podredumbre de su carne.

En el hotel que habitaba en Múnich encontró a miss Mary Gordon, a la que había visto antes en el teatro de Wagner. Era una inglesa alta, esbelta, de pocas y finas carnes, un cuerpo de gimnasta.

De estas relaciones, que habían durado un año, solo guardaba Jaime el recuerdo de una felicidad agrandada y embellecida por el paso del tiempo y un mechón de cabellos rubios.

Del resto de su vida apenas se acordaba; un vacío de tedio cortado por congojas monetarias. El administrador mostrábase tardo y doliente en sus remesas. Le pedía dinero, y contestaba con cartas quejumbrosas, hablando de intereses que había que satisfacer, de segundas hipotecas para las cuales apenas encontraba prestamistas.

Y vivió todavía algunos años, unas veces en Madrid, otras en las grandes ciudades del extranjero, hasta que al fin el administrador cerró este período de alegres prodigalidades, enviando su dimisión, sus cuentas, y con ellas la negativa a seguir remitiéndole dinero.

Un año llevaba en la isla, *enterrado*, como él decía, sin otra diversión que las noches de juego en el Casino y las tardes pasadas en el Borne en una mesa de antiguos camaradas, isleños sedentarios que gozaban con el relato de sus viajes. Apuros y miserias: esta era la realidad de su vida presente. Los acreedores le amenazaban con inmediatas ejecuciones.

En esta situación, alguien le sugirió una idea al salir del Casino, a altas horas de la noche, en esos momentos en que el insomnio nervioso hace ver las cosas con una luz

extraordinaria que les da distinto relieve. Don Benito Valls, el rico *chueta*, le quería mucho. Su hija Catalina había querido ser monja en la adolescencia, pero ahora, pasados los veinte años, sentía gran amor por las pompas del mundo, y compadecía tiernamente a Febrer.

Jaime se resistió. ¡Una *chueta*!... Pero la idea fue abriéndose camino, lubricada en su incesante taladro por los apuros y las miserias crecientes que acompañaban la llegada de cada día. ¿Por qué no?... La hija de Valls era la heredera más rica de la isla, y el dinero no tiene sangre ni raza.

Febrer vio un carruaje inmóvil en una revuelta del camino. Un hombre descendió de él, moviendo los brazos para que el cochero de Jaime detuviese sus bestias. Luego abrió la portezuela y subió riendo, sentándose al lado de Febrer.

—No me esperabas, ¿eh?... También soy del almuerzo; me convido yo mismo. ¡Qué sorpresa va a tener mi hermano!...

Jaime estrechó su diestra. Era uno de sus más leales amigos: el capitán Pablo Valls.

III

Pablo Valls era conocido en toda Palma.

—Yo soy *chueta*, ¿y qué?... ¡Judío de lo más judío! Todos los de mi familia procedemos de la *calle*. Cuando yo mandaba el *Roger de Lauria*, una vez que estuve en Argel me detuve a la puerta de la sinagoga, y un viejo, luego de mirarme, dijo: «Tú puedes pasar: tú eres de los nuestros». Y yo le di la mano, y le contesté: «Gracias, correligionario».

Luego, indignándose contra las preocupaciones que se habían ensañado en su raza, volvía agresivo.

—En España —decía gravemente— no hay cristiano que pueda levantar el dedo. Todos somos nietos de judíos o de moros. Y el que no... el que no...

Aquí se detenía, y tras una breve pausa afirmaba con resolución:

—Y el que no, es nieto de fraile.

La historia de su raza en la isla condensábala Valls a su modo en breves palabras. Los judíos eran muchos, muchísimos en otros tiempos. Casi todo el comercio estaba en sus manos; gran parte de las naves eran suyas. Al iniciarse los odios religiosos, los hebreos más ricos y astutos de la isla habían sabido convertirse a tiempo, voluntariamente, fundiéndose con las familias del país y haciendo olvidar su origen.

Ser *chueta*, proceder de la calle de la Platería, a la que se llamaba por antonomasia *la calle*, era la peor desgracia que le podía ocurrir a un mallorquín. En vano se habían hecho revoluciones en España y aclamado leyes liberales que reconocían la igualdad de todos los españoles: el *chueta*, al pasar a la Península, era un ciudadano como los otros, pero en Mallorca un réprobo, una especie de apestado que solo podía emparentar con los suyos.

Valls comentaba irónicamente el orden social en que habían vivido, escalonadas durante siglos, las diversas clases de la isla, y del que quedaban aún muchos peldaños intactos. Arriba, en la cúspide, los orgullosos *butifarras*; luego los nobles, los caballeros; después los *mossons*; tras estos los mercaderes y los menestrales, y a continuación los payeses, cultivadores del suelo. Indudablemente tras los mallorquines nobles y plebeyos venían en orden de consideración los cerdos, los perros, los asnos, los gatos, las ratas... y a la cola de todas estas bestias del Señor, el odiado vecino de *la calle*, el *chuetas*, paria de la isla. Nada importaba que fuese rico como el hermano del capitán Valls, o inteligente como otros.

En vano los *chuetas*, huyendo de este odio que perduraba al través del progreso, extremaban su catolicismo con una fe vehemente. Los hijos de los *chuetas* que deseaban ser curas no encontraban sitio en el Seminario. Los conventos cerraban las puertas a toda novicia procedente de *la calle*. Las hijas de los *chuetas* se casaban en la Península con hombres notables o de gran fortuna, pero en la isla apenas encontraban quien aceptase su mano y sus riquezas.

Existía una lista de apellidos sospechosos para conocer a los verdaderos *chuetas*. Pero estos mismos apellidos los llevaban cristianos viejos, y era el capricho tradicional el que separaba a unos de otros. Solo habían quedado marcadas por el odio popular las familias descendientes de los que fueron azotados o quemados por la Inquisición. El famoso catálogo de los apellidos estaba sacado indudablemente de los autos del Santo Oficio.

—¡Una felicidad el hacerse cristiano! Los abuelos achicharrados en la hoguera y los nietos marcados y malditos por los siglos de los siglos...

Habían entrado en la casa, adornada con sencillez.

Catalina, la hija de don Benito, bajó apresuradamente del piso superior. Llevaba aún polvos de arroz esparcidos en el pecho, revelando el apresuramiento con que había dado un último toque de adorno a su persona al ver llegar el carruaje.

Don Benito los encaminó a todos al comedor. El almuerzo esperaba hacía mucho rato; en aquella casa se comía al uso antiguo: las doce en punto.

En el silencio que envuelve siempre el principio de toda comida sonaba trabajosamente el silbido de sus pulmones enfermos. El rico *chuetas* avanzaba los labios, poniéndolos en forma circular como la boca de una trompetilla, y aspiraba el aire con ruido fatigoso.

Febrer pensaba en el tormento de pasar su existencia al lado de aquel fuelle roto. Por fortuna, moriría pronto. Una molestia de algunos meses que no modificaba su resolución de entrar en la familia. ¡Adelante!

Al terminar el almuerzo, Catalina y Jaime salieron al jardín. El mismo don Benito, con aires de patriarca bondadoso, ordenó a su hija que acompañase al señor de Febrer para mostrarle unos rosales de exótica variedad que él había plantado.

Catalina contestaba a las preguntas de su acompañante con una timidez de doncella cristiana, santamente educada, adivinando el propósito oculto bajo sus palabras de vulgar galantería. Aquel hombre venía por ella, y su padre era el primero en aceptar este deseo. ¡Cosa hecha!... Era un Febrer, y ella iba a decirle que sí, volviendo la espalda a los jóvenes *chuetas* que mariposeaban en torno de ella atraídos por los

millones de don Benito. Presentábase el noble Febrer, como un príncipe de cuento de hadas, para hacerla su esposa. ¡Qué bueno es Dios! Se veía en aquel palacio inmediato a la catedral, en el barrio de los nobles, por cuyas estrechas calles de pavimento azul y silencioso pasaban los canónigos durante las horas dormidas de la tarde, atraídos por la campana de coro. Se veía en un carruaje lujoso por entre los pinos de la montaña de Bellver o a lo largo del muelle, con Jaime al lado de ella, y gozaba pensando en las miradas de odio de sus antiguas compañeras.

Febrer se lanzó por el camino. Él había venido a Valldemosa solo por verla, por hablarla. Le ofrecía una vida nueva. Todo aquello que le causaba asombro podía conocerlo y paladearlo con sola una palabra. ¿Quería casarse con él?...

Catalina, que esperaba esta propuesta desde una hora antes, palideció trémula de emoción.

—¿Yo?... Veremos... ¡Es tan grande esta sorpresa!

Jaime quiso insistir, pero en el mismo instante salió al jardín el capitán Valls, llamándole con grandes voces. Debían irse a Palma: ya había dado orden al cochero para que enganchara. Febrer protestó sordamente. ¿Pero con qué derecho se mezclaba aquel entrometido en sus asuntos?...

Don Benito y Catalina los acompañaron hasta el carruaje. El asmático cogió una mano de Febrer entre las suyas con un apretón vehemente. Luego le invitó para que almorzara con ellos dos días después, sin acordarse para nada de su hermano.

—Sí, volveré —dijo Jaime lanzando una mirada a Catalina que la hizo enrojecer.

Cuando perdieron de vista la verja de la casa tras la cual agitaban sus manos el padre y la hija, el capitán Valls lanzó una ruidosa carcajada.

—¿Conque según parece quieres que sea tío tuyo? —preguntó irónicamente.

Febrer iba furioso por la intervención de su amigo.

—Esa boda es un disparate. ¿Te has olvidado de dónde vives? Tú puedes ser mi amigo, el amigo del *chueta* Pablo Valls, al que ves en el café, en el Casino, y que además tienen las gentes por medio loco. ¡Pero casarte con una mujer de mi familia!...

Y el marino reía al pensar en esta unión. Los parientes de Jaime iban a indignarse contra él, negándole para siempre el saludo. Más tolerantes se mostrarían si cometía un asesinato. Su tía, la papisa Juana, chillaría como si acabase de presenciar un sacrilegio. Él lo perdería todo, y su sobrina, olvidada y tranquila hasta entonces, iba a trocar el aburrimiento de su casa, monótono y triste, pero que al fin era una paz, por una vida infernal de disgustos, humillaciones y desprecios.

—No; te lo repito: el tío se opone.

Pasaron en silencio el resto del camino. En el Borne se separaron los dos con frío saludo, sin darse la mano.

IV

Él se había creído un hombre libre, con un alma que llamaba *moderna*, suya, toda suya, y ahora descubría en ella un confuso amasijo de las almas de sus ascendientes.

Los muertos mandan. Ahora se explicaba la repugnancia inevitable, la altivez que había sentido al ponerse obsequioso y atento... ¡Y estos sentimientos eran irresistibles! ¡Y su modo de ser no tenía remedio! Se lo imponían otros que eran más fuertes que él: los muertos mandaban, y había que obedecer.

Este pesimismo le hizo recordar su situación presente. ¡Todo perdido!... Él no servía para los pequeños negocios, para las transacciones y arreglos que llevan adelante una vida de apuros. Renunciaba a aquella boda, que era su única salvación, y los acreedores, apenas se enterasen de esta renuncia que desvanecía sus esperanzas, caerían sobre él. Iba a verse expulsado de la casa de los suyos, compadecido por todos, con una lástima que le afligiría más que el insulto. Sentíase sin fuerzas para presenciar el naufragio definitivo de su casa y su nombre. ¿Qué hacer?... ¿Adónde ir?...

Al anoecer buscó en el Borne a Toni Clapés, el contrabandista, y pidió dinero.

—No sé cuándo podré devolvértelo. Me voy de Mallorca. Que se hunda todo, pero que yo no lo vea.

Clapés dio a Jaime más dinero que el que este le pidió. Toni quedaba en la isla, y con ayuda del capitán Valls intentaría arreglar sus asuntos, si aún era posible. El capitán entendía de negocios y sabía desenmarañar los más confusos.

—¿Y cuándo te vas?...

Esperaba el primer vapor que saliese para Ibiza. Tenía allá todavía algo: un montón de rocas con hierbajos y conejos; una torre ruinosa del tiempo de los piratas. Lo sabía por casualidad desde el día anterior: se lo habían dicho unos payeses de Ibiza que había encontrado en el Borne.

—Lo mismo es estar allí que en otra parte... Mejor, mucho mejor. Cazaré, pescaré; voy a vivir sin ver gente.

—Haces bien en irte. Lo otro... lo otro era una locura.

V

Febrer contemplaba su imagen, sombra transparente, de flotantes contornos por el estremecimiento de las aguas, a través de la cual veíase el fondo del mar.

Era cerca de mediodía. El barquichuelo estaba en la sombra. A espaldas de Jaime extendíase con grandes sinuosidades de puntas salientes y profundas escotaduras la costa bravía de Ibiza.

En la proa de la barca estaba el tío Ventolera, viejo marinero que había navegado en buques de diversas naciones, y acompañante de Jaime desde que este llegó a Ibiza. «Cerca de ochenta años, señor», y no dejaba un solo día de embarcarse para pescar. Ni enfermedades ni miedo al mal tiempo.

Un amanecer, Jaime, que había traído su escopeta, disparó dos tiros contra un grupo de cabras que estaban a gran distancia, seguro de no tocarlas, por el placer de verlas saltar en su huida. Los estampidos, agrandados por el eco del canal, poblaron el espacio de chillidos y aleteos. Eran centenares de gaviotas viejas y enormes que abandonaban sus guaridas espantadas por el estruendo. El islote, estremecido, arrojaba fuera a sus alados habitantes. En lo más alto, como puntos negros, volaban hacia la isla grande otros pájaros fugitivos: los halcones que se refugiaban en el Vedrá y daban caza a las palomas de Ibiza y Tormentera.

El viejo marinero señalaba a Febrer ciertas cuevas abiertas como ventanas en las paredes más rectas e inaccesibles del islote. Ni las cabras ni los hombres podían llegar allí. El tío Ventolera sabía lo que se ocultaba más adentro de sus negras gargantas. Eran colmenas; colmenas que tenían siglos y siglos, refugios naturales de las abejas que, pasando el estrecho entre Ibiza y el Vedrá, venían a refugiarse en estas cuevas inaccesibles luego de haber revoloteado sobre los campos de la isla. Él había visto en cierta época del año brillar junto a estas bocas hilos de luz que serpenteaban peñas abajo. Era miel que derretía el sol en la entrada de la caverna y chorreaba inútil fuera del depósito.

El tío Ventolera tiró de su aparejo de pesca con un ronquido de satisfacción.

—¡Y van ocho!...

Pendiente de un anzuelo, coleaba y movía sus patas una especie de langosta de oscuro gris. Otras semejantes descansaban inertes en una espuerta.

El viejo miró el sol, que sobrepasaba la cumbre del Vedrá. Aún no era mediodía, pero faltaba poco. Luego miró el mar: ya no picarían los peces, pero él estaba satisfecho de la jornada.

Con sus brazos enjutos tiró de la cuerda, izando la pequeña vela triangular de la embarcación. Esta se inclinó sobre un costado, cabeceó sin moverse del sitio, y luego comenzó a cortar el agua con suave murmullo.

La embarcación hizo rumbo a la torre, y al llegar cerca de ella desvióse hacia una playa inmediata, chocando su proa en el fondo de grava.

Se alejó el viejo tierra adentro, llevando pendiente de un brazo un cesto de pescado.

Jaime comenzó a ascender por la peñascosa ladera, camino de la torre. Los tamariscos erguían su áspera y rumorosa vegetación de pinos enanos, que parecía nutrirse de la sal disuelta en el ambiente, hundiendo sus raíces en la roca.

Ascendió el solitario a su habitación. Era una pieza circular sin más huecos que la puerta y la ventana trasera, aberturas que casi parecían túneles en el desmesurado espesor de los muros. Estos, por su parte interna, hallábanse cuidadosamente enjalbegados con la deslumbrante cal de Ibiza. Solo en la bóveda, cortada por un tragaluz revelador de la antigua escalera que conducía a la plataforma, quedaba el hollín de las fogatas que se habían encendido en otros tiempos.

Jaime dormía allí con más tranquilidad que en su palacio de Palma. Los días que no le despertaba al romper el alba el tío Ventolera, cantando la misa desde la playa o subiendo la costa para lanzar unas cuantas pedradas a la puerta de la torre, el solitario

permanecía en su jergón hasta bien entrada la mañana. Llegaba hasta él el ruido del mar, la gran madre arrulladora: una luz misteriosa, mezcla de oro de sol y azul de las aguas, filtrábase por las rendijas temblando en la blancura de las paredes.

Tres meses que Febrer estaba en la isla. Su llegada había asombrado a Pep Arabi.

—Pep, estoy arruinado: tú eres rico si te comparas conmigo. Vengo a vivir en la torre... no sé hasta cuándo. Tal vez para siempre.

Pep sonreía con aire incrédulo.

¡Pobre un Febrer!... No quiso aceptar el dinero que le ofreció don Jaime. Él iba a cultivar unas tierras que eran del señor; ya arreglarían cuentas. Y en vista de su empeño en vivir en la torre, trabajó Pep por hacerla habitable, ordenando además a sus hijos que llevarsen la comida al señor siempre que no quisiera bajar para sentarse a su mesa.

Estos tres meses habían sido para Jaime de rústico aislamiento. Ni escribir una carta, ni abrir un periódico, ni conocer más libros que media docena de volúmenes que había traído de Palma.

Sentía Febrer en su nueva existencia el deleite del que ocupa un sitio cómodo para presenciar un espectáculo interesante. Aquellos campesinos y pescadores, belicosos nietos de corsarios, eran para él agradables compañeros de existencia.

VI

—*Bon día tengui!*...

Pepet extendió una servilleta en un lado de la mesa y puso sobre ella dos platos tapados y una botella de vino de parra que tenía el color y la transparencia del rubí.

Indignábase Pep contra la tenacidad de su hijo, que se empeñaba en continuar siendo payés. Hablaba de matarlo, como si lo viese en un camino de perdición. Llevaba la cuenta de todos los hijos de amigos suyos que habían partido para el otro mundo con la sotana puesta. El hijo de *Treufoch* llevaba enviados de América cerca de seis mil duros. ¡Y el pillo de Pepet, más listo para las letras que los demás, negábase a seguir tan hermosos ejemplos!... Había para matarlo.

La noche anterior, en un momento de calma, cuando Pep descansaba en su cocina con el brazo fatigado y el gesto triste del padre que acaba de pegar fuerte, el *atlot*, rascándose los golpes, había propuesto un arreglo. Sería cura; obedecería al *siñó* Pep; pero antes deseaba ser hombre, ir con los muchachos de la parroquia a hacer música, bailar los domingos, mezclarse en los cortejos, tener novia, llevar un cuchillo en la faja. Esto último era lo que deseaba con mayores ansias. Si su padre le regalaba el cuchillo del abuelo, él pasaría por todo.

Luego, a impulsos de su deseo, se atrevía a implorar la protección de don Jaime. ¡Si quisiera ayudarle!...

—Tendrás el cuchillo, muchacho. Y si tu padre no quiere entregarlo, yo te compraré otro cuando vaya a la ciudad.

Esta certeza entusiasmó al *Capellonet*. Necesitaba ir armado para poder mezclarse con los hombres. Su casa iba a verse visitada por los *atlots* más valerosos de la isla. Margalida era ya una mujer e iba a comenzar el *festeig*. El *siñó* Pep había sido rogado por los *atlots* con objeto de que fijase día y hora para la visita de los cortejantes.

Iban a venir hasta de San Juan, al otro extremo de la isla, el pueblo de los hombres valientes, y declaraba en voz baja, con tono de misterio y respeto:

—*El Ferrer és un verro*.

Un *verro* era un hombre cuyo valor no necesita probarse; el que tiene pudriendo tierra uno o varios ejemplos de la dureza de su mano o lo certero de su puntería.

Hacía medio año que había desembarcado, después de pasar ocho en un presidio de la Península. Le habían condenado a catorce, pero le alcanzaron varios indultos. El recibimiento fue triunfal. Hasta el alcalde hizo el viaje, seguido de su secretario, para conservar las simpatías de sus administrados. Los señores de la ciudad protestaban con indignación de estas costumbres bárbaras e inmorales de la payesía, mientras hombres, mujeres y chiquillos asaltaban el vapor, ansioso cada uno de ser el primero en estrechar la mano del héroe.

—Puede ser que Margalida le quiera, y el *Ferrer* me dé una de sus pistolas. ¿Usted qué cree, don Jaime?...

¿Conocía don Jaime al *Cantó*, un *atlot*, malucho del pecho, que no trabajaba y pasaba los días tendido a la sombra de los árboles, golpeando el tamboril y mascullando versos?... Era un blanco cordero, una gallina, con ojos y piel de mujer, incapaz de hacer frente a nadie. También este pretendía a Margalida, pero el *Capellonet* juraba meterle el tamboril por la cabeza antes de aceptarlo como cuñado.

VII

Al bajar a Can Mallorquí, vio cerrada la alquería. ¡Nadie! Ni siquiera excitaron sus pasos el ladrido del perro que estaba siempre bajo el porche. El vigilante animal había ido también a la fiesta con la familia.

—Están todos en el baile —pensó Febrer—. ¿Si yo fuese al pueblo?...

Antes que pasar solo el resto de la tarde, prefería la conversación lenta y monótona de las gentes simples.

El baile era frente a la iglesia. La gente joven formaba grupos, de pie, cerca de los músicos, que ocupaban silletas bajas. El tamborilero, con su redondo instrumento acostado en una rodilla, golpeaba el parche cadenciosamente, mientras su compañero soplaba en la larga flauta de madera, adornada con tallas de primitiva rudeza hechas a cuchillo. El *Capellonet* repicaba las *castañosas*, enormes como las conchas que cogía el tío Ventolera.

Las *atlotas*, agarradas del talle o apoyadas unas en hombros de otras, miraban con virtuosa hostilidad a los mozos, que se pavoneaban en el centro de la plaza, las manos metidas en el cinto.

A un lado de la plaza estaban sentadas sobre un ribazo, o en sillas de la inmediata taberna, las casadas y las viejas; mujeres anémicas y tristes en su relativa juventud, por una procreación excesiva y las fatigas de su existencia campestre.

De pronto, el *Capellán* saltó al medio de la plaza tremolando su sombrero... Corrió al grupo de *atlotas* y agarró por las manos a la más grande, tirando de ella. «¡Tú!...» Esto bastaba para la invitación. Cuanto más rudo era el manotazo, más cariñoso parecía y digno de agradecimiento.

La moza, con un brazo doblado sobre la cintura en forma de asa y pendiente el otro a lo largo de la hueca faldamenta, comenzó a girar sobre sus alpargatas. No había de hacer más: esta era toda su danza. El bailarín era el hombre. Reproducíase en esta danza tradicional, inventada sin duda por los primeros pobladores de la isla, rudos piratas de la edad heroica, la eterna historia de los humanos, la persecución y la caza de la hembra. Ella giraba fría e insensible, con la altivez asexual de una virtud ruda, huyendo de sus saltos y contorsiones, presentándole la espalda con gesto de desprecio, y el fatigoso trabajo de él consistía en colocarse siempre ante sus ojos, en ponerse ante su paso, en salirle al encuentro para que le viera y le admirase.

La salida de la primera pareja pareció arrastrar a los demás. Los brazos varoniles escogían con galante zarpazo entre las *atlotas* agrupadas. «¡Tú!...» Y a este monosílabo seguían el tirón de conquista, los empujones que equivalían a un título momentáneo de propiedad, todos los extremos de una predilección ruda.

Algunos *atlots*, cuando veían al danzarín congestionado y sudoroso por los saltos, extremando sus esfuerzos para seguir adelante, llegábanse a él, tirándole de un brazo para apartarlo. «*Deixa-me-la!*» Y ocupaban su puesto sin más explicación.

Jaime vio por primera vez en las evoluciones del baile a Margalida, que hasta entonces había permanecido oculta entre sus compañeras.

¡Hermosa Flor de almendro! Febrer la encontraba más bella al compararla con sus amigas, morenas y curtidas por el sol y el trabajo. Su piel blanca, de una suavidad de flor, sus ojos húmedos y brillantes de animalillo dulce.

Contemplándola, pensaba Jaime que aquella muchacha, en otro ambiente, podía haber sido una criatura adorable. Él creía entender algo de esto.

Cesaron de sonar los instrumentos. Febrer vio al *Cantó* que se apoderaba del tamborcillo, sentándose en el espacio libre que antes ocupaban los bailarines. Iba a cantar uno de aquellos romances que sacaba de su cabeza; una *relación* cortada a uso del país por un alarido tembloroso, gorjeo de dolor que se prolongaba mientras el cantante tenía aire en los pulmones.

Golpeó con el palillo el parche lentamente para dar una tétrica gravedad a su canto monótono, soñoliento y triste. «Cómo queréis, amigos, que cante, si tengo el corazón destrozado!...» Y a continuación un gorjeo estridente, un quejido interminable de ave moribunda, en medio del general silencio.

Continuaba el *Cantó* sus lamentos, enrojeciéndose con el esfuerzo del cacareo doloroso que daba remate a las estrofas. Su pecho angosto jadeaba con el esfuerzo.

Un grupo de *atlots*, separándose del corro que rodeaba al poeta, pareció deliberar y se aproximó luego adonde estaban los hombres graves. Venían en busca del *siñó* Pep, el de Can Mallorquí, para hablar con él de asuntos importantes.

El más atrevido del grupo se encaró con Pep. Querían hablar del *festeig* con Margalida; recordaban al padre su promesa de autorizar el cortejo de la muchacha.

Pep, a pesar de su falso gesto de padre intratable, enrojecía y apretaba los labios con mal disimulada satisfacción, mirando de reojo a los amigos sentados junto a él.

—*Sereu vint?* —preguntó.

Los *atlots* tardaron en contestar, ocupados en cálculos mentales, murmurando nombres de amigos. ¿Veinte?... Más, muchos más. Podía contar con unos treinta.

Su decisión fue autoritaria. Él no podía dedicar al noviazgo más que hora y media de la noche. Siendo treinta, salían a tres minutos por cabeza. Tres minutos, contados reloj en mano, para hablar cada uno con Margalida: ni un minuto más. Noches de noviazgo, la del jueves y la del sábado. Mucha formalidad, ¿eh? Nada de rivalidades y riñas. Al primero que faltase a lo convenido, él era muy hombre para hacerle pasar la puerta a palos; y si resultaba preciso coger la escopeta, la cogería.

Los músicos rompieron a tocar lo que les pareció mejor, echose atrás el gentío curioso, y otra vez en el centro de la plaza volvieron a dar saltos las blancas alpargatas, a agitarse, rígidos, los ruedos de las faldas azules y verdes.

Un *atlot* avanzó hasta Margalida, tomándola la mano.

Era el *Ferrer*, que se lanzaba a bailar por primera vez en la tarde. Sus saltos fueron acogidos con un murmullo de aplauso.

El *verro*, viéndose aplaudido, extremaba los movimientos y contorsiones, persiguiendo a su pareja, saliéndola al paso, envolviéndola en la complicada red de sus movimientos, mientras Margalida giraba y giraba con la vista baja, evitando el encuentro de sus ojos con los del temible galán.

El mismo Jaime reconocía con cierta envidia el vigor del temible herrero. ¡Qué animal!...

De pronto vio cómo buscaba algo en su faja y avanzaba una mano hacia el suelo, sin detenerse en sus evoluciones y saltos. Una nube de humo se esparció sobre la tierra, y entre sus blancas vedijas marcáronse, pálidos y sonrosados por la luz del sol, dos rápidos fogonazos. A continuación sonaron dos truenos.

¡Muy bien! El *Ferrer* había disparado la pistola a los pies de su pareja: la suprema galantería de los hombres valientes; el mayor homenaje que podía recibir una *atlota* de la isla.

Febrer era el único que no parecía entusiasmado por esta hazaña galante del *verro*.

¡Maldito presidiario!... No sabía ciertamente el motivo de su furia, pero era algo inevitable... A aquel *tio* le pegaba él.

VIII

Llegó el invierno. El mar batió furioso, en ciertos días, la cadena de islas y peñascos que forma entre Ibiza y Formentera una muralla de rocas, aportillada por estrechos y freos.

El cielo amanecía nublado los más de los días, y el mar ceniciento.

En estos días de aguacero, Febrer permanecía encerrado en su torre. Era imposible ir al mar e imposible también salir con la escopeta por los campos de la isla.

Debía alejarse de este ambiente; pero ¿adónde ir?, ¿cómo escapar?... Era pobre. Todo su capital consistía en unas cuantas docenas de duros que había traído de su fuga de Mallorca, cantidad que conservaba aún gracias a Pep, tenaz en su negativa a aceptar remuneración alguna.

En las noches de *festeig* experimentaba mayor desazón; y sin explicarse el motivo, asomábase a la puerta de la torre, mirando ávidamente hacia la alquería.

Escuchando al muchacho, se imaginaba Febrer todos los accidentes del galanteo. La familia cenaba de prisa, al anochecer, para estar pronta a la ceremonia. Margalida descolgaba del techo de su cuarto la falda de fiesta, y luego de ponérsela, con el pañuelo rojo y verde cruzado sobre el pecho, otro más pequeño en la cabeza y un largo lazo de cintas al extremo de la trenza, colocábase las cadenas de oro que le había cedido su madre, e iba a sentarse sobre el *abrigais*, doblado en una silla de la cocina. El padre fumaba su pipa de tabaco de *pota*; la madre, en un rincón, tejía cestos de junco; el *Capellanet* asomábase fuera de la casa, bajo el amplio porche, en el cual iban reuniéndose silenciosos los *atlots* cortejadores. Los había que estaban allí desde una hora antes, por ser vecinos; los había que llegaban polvorientos o manchados de barro, después de caminar dos leguas.

Entraban mansamente, saludando a la familia. «*Bona nit! Bona nit!*» Tomaban asiento en un banco, como niños de la escuela, o quedaban de pie, mirando todos a la *atlota*. Junto a ella había una silla vacía, y cuando faltaba esta, el solicitante poníase en cuclillas, a uso moruno, hablando a la muchacha en voz baja durante tres minutos, bajo la mirada hostil de sus adversarios. La menor prolongación de este breve plazo provocaba toses, furiosas miradas y reclamaciones amenazadoras a media voz.

Cuando avanzaba la noche y Margalida había hablado ya con todos sus cortejantes, el padre, que dormía en un rincón, prorrumpía en sonoro bostezo. Aquel hombre de campo parecía adivinar durante su sueño el curso del tiempo. ¡Las nueve y media!... A dormir: «*Bona nit!*». Y toda la *atloteria*, tras esta invitación, abandonaba la casa, perdiéndose en la obscuridad sus pasos y relinchos.

Aquel día, mientras Margalida le servía la comida, Jaime le preguntó por los progresos de su noviazgo. ¿Se había decidido por alguien? ¿Quién iba a ser el afortunado? ¿El *Ferrer*?..., ¿el *Cantó*?...

Ella no sabía. Su voz ceceaba infantilmente a impulsos de un avergonzado aturdimiento. No tenía ganas de casarse. Ni el *Cantó*, ni el *Ferrer*, ni nadie. Había aceptado el cortejo porque todas las muchachas hacían lo mismo al llegar a cierta edad. ¿Pero quererlos? ¿Casarse con ellos?...

¡Al diablo la timidez! Febrer se sintió arrogante y triunfador como en sus buenos tiempos. ¿Por qué aquel miedo?...

Habló con acento firme, poniendo un intento de fascinación en la fijeza apasionada de sus ojos, aproximando su boca a ella, como para acariciarla con el susurro de sus palabras... ¿Y él?, ¿qué pensaba Margalida de él?... ¿Y si se presentase un día a Pep diciendo que quería casarse con su hija?...

—¡Usted! —exclamó la muchacha.

Levantó los ojos sin miedo alguno, riendo de estas palabras. El señor acostumbraba a engañarla con bromas inverosímiles.

—No —repuso Febrer con energía—. Hablo seriamente. Di, Margalida... Flor de almendro... ¿Y si yo fuese uno de tus novios? ¿Y si yo me presentase en el cortejo? ¿Qué contestarías?...

Temblaron sus rodillas, se contrajeron como si fuese a desplomarse de miedo.

Se desasíó de la mano acariciadora, sintiose movida por el prodigioso resorte de los nervios, lo mismo que si viese su vida en peligro, y huyó de Febrer como si fuese un asesino.

Jaime no fue tras ella. Permaneció inmóvil en la soledad del pinar, erguido en medio del sendero, insensible a cuanto le rodeaba, como un héroe de leyenda sometido a un encantamiento.

La tempestad pareció fijarse sobre la isla.

En la cocina de Can Mallorquí, los pretendientes de Margalida formaban una masa de alpargatas enlodadas y cuerpos humeantes por la evaporación de las ropas húmedas. Esta noche el cortejo era más largo. Pep, con aire paternal, había permitido a los *atlots* que esperasen después de pasada la hora del galanteo.

Iluminose con el resplandor de una exhalación el negro rectángulo de la puerta, y todos vieron en ella, sobre el cielo lívido, una figura encapuchada, una especie de penitente, chorreando lluvia y con el rostro casi oculto.

Entró con paso decidido, sin saludar a nadie, seguido del perro, que olisqueaba sus piernas con gruñido cariñoso, y fue rectamente a ocupar la silla vacía junto a Margalida: el lugar reservado a los pretendientes.

Al sentarse se echó atrás la capucha y fijó sus ojos en la muchacha.

—¡Ah! —gimió esta, pálida, con los ojos agrandados por la sorpresa.

Y fue tal su emoción, tan violento su impulso por retirarse de él, que la faltó poco para caer.

IX

Dos días después, cuando Jaime, de vuelta de la pesca, esperaba la comida en su torre, vio presentarse a Pep que depositó el cestillo sobre la mesa con cierta solemnidad.

—Pep: tú quieres decirme algo y no te atreves —dijo Jaime en dialecto ibicenco.

Sí; algo tenía que decirle, algo muy importante. Dos días había estado pensándolo, pero ya no podía callar más tiempo. Si se había encargado de traer la comida del señor, era solo por hablarle... ¿Qué deseaba don Jaime? ¿Por qué se burlaba de ellos, que le querían tanto?...

—¡Pero si yo no me burlo de vosotros, querido Pep! ¡Si todo es verdad!... Sábelo de una vez. Soy pretendiente de Margalida, como el *Cantó*, como ese *verro* antipático, como todos los muchachos que acuden a tu cocina para cortejarla... La otra noche me presenté porque ya no podía sufrir más, porque comprendí de pronto la causa de las tristezas que me vienen afligiendo, porque quiero a Margalida y me casaré con ella, si ella me acepta.

Su acento sincero y apasionado no dejó dudas al payés.

—No puede ser, señor. ¿No comprende usted que no puede ser?... Yo también he sido joven y sé lo que es esto. Un primer movimiento que nos hace ir detrás de toda *atlota* que no es fea; pero luego reflexiona uno, piensa lo que está bien y lo que está mal, lo que más le conviene, y acaba por no hacer tonterías.

Febrer movió la cabeza enérgicamente. No; ni broma ni capricho. Amaba a Margalida, a la gentil Flor de almendro; estaba convencido de su pasión e iría donde ella le arrastrase.

Pep bajó la cabeza con desaliento.

—Haga su santa voluntad, don Jaime; pero acuérdesse de lo que le digo. Nos espera una desgracia, una gran desgracia.

Febrer, así que cerró la noche, se dispuso a bajar a la alquería, con el gesto hosco, la mirada dura, las manos nerviosas por un imperceptible temblor homicida, como un guerrero primitivo al emprender una expedición desde la cumbre al valle.

Anduvo cuesta abajo, por entre los grupos de tamariscos, que movían en la obscuridad sus masas ondeantes, con una mano metida en la faja y acariciando la culata del revólver. ¡Nadie! Al llegar al porche de Can Mallorquí, lo encontró lleno de *atlots* que aguardaban de pie o sentados en los poyos a que la familia acabase su cena en la cocina.

Sentía cierta emoción, pero no era de miedo. ¡Cómo reirían sus antiguas amigas de Madrid y de París al encontrarle en esta traza de campesino, dispuesto a matar por la conquista de una mujer casi igual a sus criadas!...

Se abrió la puerta de la alquería, que estaba entornada.

—*Avant els hòmens!* —dijo como un patriarca que comprende los anhelos de la juventud y ríe bondadosamente de ellos.

Y los hombres entraron uno tras otro, saludando al *siñó* Pep y los suyos, ocupando los bancos y sillas de la cocina como niños que llegan a la escuela.

El payés de Can Mallorquí, al reconocer al señor, hizo un gesto de asombro. ¡Allí él, esperando con los otros, como un simple pretendiente, sin atreverse a entrar en una casa que era suya!...

Hablaron con Margalida unos cuantos *atlots*, pero de pronto, viendo la silla libre, el *Cantó* avanzó para sentarse en ella, sujetando el tambor entre la rodilla y un codo y apoyando la frente en su mano izquierda.

El pobre tísico rompió a cantar, acompañando cada verso con un cloqueo final que estremecía su pecho y arrebolaba sus mejillas.

A los primeros versos una carcajada general resonó en la cocina, celebrando la gracia irónica del rústico poeta.

Febrer no entendía gran cosa.

La carcajada de los *atlots* atrajo su atención, como algo que adivinaba confusamente hostil para su persona.

El cantor se burlaba de la *atlota*, que para ser señora quería casarse con un noble arruinado, sin casa y sin familia; un forastero que no tenía tierras que cultivar...

El efecto de estos versos fue instantáneo.

Con solo un tirón arrancó el tamborcillo de las rodillas del cantor, arrojándolo inmediatamente contra su cabeza, con tal ímpetu, que se rompieron los parches, quedando la caja como un gorro torcido sobre la frente ensangrentada.

El *Capellanet* creyó llegado el momento de sacar su cuchillo. El padre, con la autoridad de los años, se impuso a todos.

—*Fora!..., fora!*

Todos obedecieron, salieron fuera de la alquería, en pleno campo. Febrer también salió, a pesar de la resistencia de Pep.

Jaime permaneció inmóvil, con una mano en la faja, entre aquellos enemigos. Sentíase avergonzado de su arrebató. ¡Pegarle al pobre tísico!... Para sofocar sus remordimientos, profirió en voz baja soberbios retos. ¡Otro deseaba él que hubiese cantado!... Y sus ojos buscaban al *Ferrer*, como desafiándole, pero el temible *verro* había desaparecido.

X

Jaime, vuelto al interior de la torre, cerró la puerta, dejando la cesta sobre la mesa. No sentía apetito: cenaría más tarde. Cogió una pipa rústica, labrada por un payés en una rama de cerezo, la llenó de tabaco y comenzó a fumar.

Luego buscó un libro y quiso leer, pero fueron inútiles todos los esfuerzos por concentrar su atención en la lectura.

Fuera de aquella cáscara de piedra reinaba la noche, una noche lóbrega, de profundo misterio. Al través de los muros parecía filtrarse ese solemne silencio que cae de lo alto.

Por primera vez se dio cuenta exacta de la soledad en que vivía. ¿Era posible continuar esta existencia de solitario?

De pronto, Febrer, que permanecía inmóvil, escuchándose a sí mismo, con una quietud semejante a la de los niños medrosos que temen removerse en la cama por no aumentar el misterio que les rodea, se estremeció en su asiento. Algo extraordinario cortó el ruido de la noche. Era un grito, un aullido, un relincho, una de aquellas voces hostiles y burlonas con que los *atlots* vengativos se llamaban en la sombra.

Jaime sintió un impulso de levantarse, de correr a la puerta, pero luego permaneció inmóvil. El tradicional *auquido* había sonado a alguna distancia. Debían ser mozos del *cuartón* que escogían las inmediaciones de la torre del Pirata para encontrarse arma en mano. Aquello no iba con él: a la mañana siguiente se enteraría de lo ocurrido.

¡*Auuuú!* El relincho de reto, el aullido hostil y burlón había resonado casi al pie de la escalera de la torre, prolongándose con el fuerte soplo de unos pulmones como fuelles.

¡Era para él! ¡Venían a retarlo a la puerta de su vivienda!... Miró fijamente su escopeta; se llevó la diestra a la faja, palpando el metal del revólver, tibio por el contacto del cuerpo; dio dos pasos hacia la puerta, pero se detuvo y alzó los hombros con una sonrisa de resignación. Él no era de la isla; él no entendía este lenguaje de chillidos, y se creía a cubierto de tales provocaciones.

Pero esta conformidad burlona solo era aparente. Volvió a sonar el aullido, ya no al pie de la escalera, sino algo más lejos, tal vez entre los tamariscos que cercaban la torre. El retador parecía haber tomado posición esperando que saliese Febrer.

En vano intentó no escuchar. Pensó que Can Mallorquí estaba muy cerca, y tal vez Margalida, trémula y pegada a un ventanuco, escuchaba estos aullidos frente a la torre, donde estaba un hombre medroso oyéndolos también, pero encerrado como si fuese sordo.

No; no más. Arrojó esta vez definitivamente el libro sobre la mesa, y luego, por instinto, sin saber ciertamente lo que hacía, sopló la llama de la vela. Al quedar en la obscuridad anduvo algunos pasos con las manos avanzadas, olvidado completamente de los planes de ataque que había concebido momentos antes con rápido pensamiento.

Tiró del interior de la faja, y el revólver deslizose fuera de su madriguera, con la suavidad de una bestia sedosa y tibia. Anduvo a tientas hasta la puerta y la abrió con lentitud, solo un pequeño espacio, el necesario para asomar la cabeza, chirriando levemente sus groseros goznes.

Febrer, pasando de golpe de la obscuridad de su habitación a la difusa claridad de la luz sideral, vio la mancha de las malezas en torno de la torre. Esta visión solo duró un instante: no pudo ver más. Dos pequeños relámpagos, dos culebros de fuego marcáronse uno tras otro en las tinieblas de los matorrales, seguidos de dos estampidos que casi se confundieron.

Jaime experimentó en su olfato una sensación acre de pólvora quemada, que tal vez no fue más que un fenómeno imaginativo. Al mismo tiempo percibió sobre la cúspide de su cráneo un silencioso y violento choque, algo anormal que pareció tocarle sin llegar a tocarle, la sensación del roce de una piedra. Algo cayó sobre su rostro como una lluvia impalpable. ¿Sangre?... ¿tierra?...

La sorpresa duró en él solo un instante. Le habían hecho fuego desde el matorral, en las inmediaciones de la escalera. El enemigo estaba allí..., ¡allí! Veía en la oscuridad el punto de donde habían surgido los fogonazos, y avanzando la diestra fuera de la puerta, disparó su revólver; una..., dos..., cinco veces: todas las cápsulas que contenía el cilindro.

Había alcanzado al enemigo indudablemente, y en su satisfacción, se llevó una mano a la cabeza para convencerse de que no estaba herido.

Al pasarla después por su cara, cayó de sus mejillas y sus cejas algo menudo y granujiento. No era sangre: era tierra, polvo de argamasa. Sus dedos, deslizándose sobre el cuero cabelludo, estremecido aún por el roce mortal, tropezaron con dos agujeros, que guardaban una sensación de calor. Las dos balas le habían rozado, yendo a clavarse en el muro, a una distancia casi imperceptible de su cabeza.

XI

Pasó la mañana en el mar. El tío Ventolera le llevó hasta el Vedrá, alabando la ligereza y otros méritos de su barca. La reparaba año tras año, no quedando en ella ni una astilla de su primitiva construcción. Pescaron al abrigo de las rocas hasta media tarde. Al volver a la torre, Febrer vio al *Capellán* que corría por la playa agitando en lo alto una cosa blanca.

Antes de saltar a tierra, cuando la barca hundía su proa en la grava, el muchacho le gritó con la impaciencia del que guarda una gran noticia:

—*Una carta, don Chaume!*

¡Una carta!... Verdaderamente, en aquel rincón del mundo, el más extraordinario suceso que podía turbar la vida ordinaria era la llegada de una carta.

Jaime, camino de la torre, rompió el sobre y buscó la firma, casi al mismo tiempo que en su memoria se precisaba el recuerdo y surgía un nombre: Pablo Valls. ¡El capitán Pablo le escribía, luego de medio año de silencio, y su carta era larga!

Se sentó junto a la ventana, con el busto echado atrás, la espalda apoyada en la mesa, y comenzó a leer. Una explosión de furia cómica, de insultos cariñosos, de indignaciones por cosas olvidadas, llenaba las primeras páginas.

«Pero no divaguemos: al grano. Ya sabes que soy un hombre práctico: un verdadero inglés, enemigo de perder el tiempo.

Y aquí entro yo, pequeño Garau: yo, el réprobo, el chueta, el rabudo, que deseo ser adorado y reverenciado por ti como si fuese la Providencia.»

Al fin, el hombre práctico, el enemigo de las divagaciones, cumplía su promesa y el estilo de la carta tornábase conciso, con una sequedad comercial. Primero un largo relato de los bienes que aún poseía Jaime antes de partir de Mallorca, esclavos de toda clase de gravámenes e hipotecas; luego una lista de sus acreedores, que era mayor que la de los bienes, seguida de una relación de intereses y obligaciones.

El capitán Pablo había pasado medio año sin escribir a su amigo, pero ocupándose diariamente de sus asuntos. Había peleado con los más feroces usureros de

la isla, insultando a unos, venciendo a otros en astucia, valiéndose de la persuasión o de la bravata, avanzando dinero para satisfacer los créditos más urgentes, que amenazaban con el embargo y la venta. Total: había dejado limpia y sana la fortuna de su amigo, pero esta resurgía del terrible combate achicada y casi insignificante. Solo le restaba a Febrer unos miles de duros; tal vez no llegarían a quince; pero mejor era esto que vivir en su antiguo ambiente de gran señor sin tener que comer y sometido a las exigencias de los acreedores. «Ya es hora de que vuelvas. ¿Qué haces ahí? ¿Vas a estar toda tu vida hecho un Robinsón, en esa torre de piratas?» ¡A volver inmediatamente!

Podía dedicarse al comercio, bajo la dirección y consejo de un hombre como él. Si deseaba viajar, no le sería difícil a Valls buscarle una colocación en Argelia, en Inglaterra o en América. El capitán tenía amigos en todas partes.

Febrer pasó el resto de la tarde leyendo la carta o paseando por los alrededores de la torre, conmovido por tales noticias.

El recuerdo de Margalida surgió en su memoria, pretendiendo retenerle en la isla. La veía blanca, con sus adorables redondeces y sus ojos tímidos y bajos, que parecían ocultar como un pecado el negro ardor de sus pupilas. ¡Dejarla!, ¡no verla más!... ¡Y ella iba a ser de uno de aquellos bárbaros, que usarían su belleza en las faenas del campo!

La alegría de las recientes noticias volvió escéptico a Febrer. «Nadie se muere de amor.»

No vaciló más. La noche la pasaría en la soledad de la torre, como un hombre primitivo, de los que viven acechados por el peligro, dispuestos a matar: a la noche siguiente estaría sentado ante la mesa de un café, bajo la luz de los focos eléctricos, viendo carruajes junto a las aceras y pasando por el centro del Borne mujeres más hermosas que Margalida. ¡A Mallorca!

Al cerrar la noche llegó el *Capellán* con la cesta de la cena. Mientras Febrer comía ávidamente, con el buen apetito de la alegría, el muchacho anduvo por la habitación, atisbando con ojos ansiosos, por si podía encontrar aquella carta que había excitado su curiosidad.

Cuando se fue el muchacho, cerró la puerta y se entretuvo a la luz de la vela en hacer el inventario y distribución de los objetos que llenaban su vivienda. En un antiguo arcón de madera, tallado a cuchillo groseramente, estaban dobladas con cuidado por Margalida, entre hierbas olorosas, las ropas con que había llegado él de Mallorca. Las vestiría a la mañana siguiente. Pensó con cierto terror en el suplicio de las botas y el tormento del cuello de la camisa, después de su larga temporada de libertad campestre, pero quería salir de la isla lo mismo que había venido a ella. Lo demás lo regalaba a Pep, y la escopeta a su hijo, riendo del gesto del pequeño seminarista ante este presente, que llegaba algo tarde... Ya cazaría con ella cuando fuese cura de uno de los *cuartones* de la isla.

Febrer cortó repentinamente sus pensamientos, separando los ojos del papel.

Algo había sonado fuera de la torre: un grito, un aullido, distinto del de la otra noche, más sofocado, más lejano. Jaime tuvo la sensación de que este grito venía de muy cerca, de que tal vez lo lanzaba alguien oculto en los grupos de tamariscos.

Concentró su atención, y al poco rato el aullido volvió a sonar. Era el mismo de la otra noche, pero sordo, quedo, ronco, como si el que lo lanzaba tuviera miedo de que el grito se esparciese demasiado, colocando sus manos en torno a la boca para enviarlo con esa bocina natural únicamente hacia la torre.

Y para distraer su atención volvió a leer la carta, complaciéndose en el saboreo de la larga lista de acreedores, muchos de cuyos nombres evocaban visiones coléricas o grotescos recuerdos.

El aullido continuó sonando a largos intervalos, y cada vez que su ronca estridencia cortaba el silencio, Febrer se estremecía de impaciencia y de cólera. ¡Cristo! ¿Iba a pasar así la noche, desvelado por esta serenata amenazadora?...

Pensó que tal vez el enemigo oculto en la maleza veía las rendijas de la puerta iluminadas y esto le hacía persistir en sus provocaciones. Apagó la vela y se tendió en la cama, experimentando una sensación de bienestar al verse en la obscuridad, con la espalda hundida en las crujientes blanduras del jergón. Podía aullar horas y horas hasta perder la voz aquel bárbaro. Él no quería moverse. ¿Qué le importaban sus insultos?...

Febrer casi se durmió arrullado por estos gritos de amenaza. Había colocado tras la puerta la misma barricada de la noche anterior. Mientras sonasen los gritos tenía la certeza de que ningún peligro le amenazaba. De pronto, se incorporó, repeliendo ese sopor que precede al sueño. Ya no sonaban aullidos. Lo que le había desvelado era el misterio del silencio, más amenazador e inquietante que las vociferaciones de la hostilidad.

Avanzando la cabeza creyó percibir entre los rumores confusos y fundidos de la respiración nocturna un roce, un leve crujir de madera, algo semejante al ligero peso de un gato trepando de peldaño en peldaño por la escala de la torre, con largas pausas de inmovilidad.

Jaime buscó el revólver y aguardó con él en la mano. El arma parecía temblar entre sus dedos. Comenzaba a sentir la cólera del hombre fuerte que adivina junto a su puerta el rondar de un enemigo.

La lenta ascensión se detuvo, tal vez en mitad de la escala, y tras largo silencio, oyó el solitario una voz queda, una voz que sonaba solo para él.

Con irreflexivo impulso se levantó Jaime de la cama, sonando ruidosamente el jergón bajo el hundimiento de sus rodillas. Al estar de pie, en la obscuridad, con el revólver en la mano, volvió a tenerse lástima por este movimiento y a despreciar a su retador. ¿Por qué hacerle caso? Debía volver a acostarse... Pero transcurrió algún tiempo, y la voz ronca e injuriosa volvió a sonar en la calma de la noche. Le llamaba cobarde otra vez; invitaba a salir al mallorquín. «Sal, hijo de...»

Febrer, ante este insulto, tembló, guardándose el revólver en la faja. ¡Su madre! Su pobre madre, pálida, enferma y dulce como una santa, resucitando con la mayor de las infamias en la boca de aquel presidiario!...

Anduvo instintivamente hacia la puerta, tropezando a los pocos pasos con la mesa y las sillas amontonadas. No; la puerta no... Un rectángulo de luz brumosa y azul se marcó en el muro lóbrego. Jaime acababa de abrir la ventana.

Sentose en el alféizar, echando las piernas fuera, y lentamente comenzó a descender, tanteando con los pies las oquedades del muro, para evitar que rodasen piedras sueltas, denunciándole con su estrépito.

Al tocar tierra, sacó el revólver de la faja, y agachándose, casi de rodillas, con una mano en el suelo, comenzó a seguir el contorno de la base de la torre.

Arrastrándose como una bestia, casi a flor del suelo, llegó a ver el extremo inferior de su escala, luego los peldaños superiores, y al fin la puerta negra, en mitad del cubo de la torre, que aparecía blanco bajo el fulgor de las estrellas. ¡Nadie! El enemigo había huido.

La sorpresa le hizo incorporarse, avizorando con inquietud la negra y ondulante mancha de matorrales que se extendía ladera abajo. Esta mirada duró poco. Un culebreo rojo, una ondulación llameante y breve, seguida de una nubecilla y de un trueno, salió de entre los tamariscos, a corta distancia de él. Jaime creyó recibir en el pecho una piedra, un guijarro caliente que tal vez había hecho saltar el estrépito de la detonación.

—¡No es nada! —pensó.

Pero al mismo tiempo viose en el suelo, sin saber cómo, tendido de espaldas.

—¡No es nada! —pensó otra vez.

Y revolviéndose instintivamente, dio la vuelta, quedando con el pecho en tierra, apoyado en una mano, tendiendo la otra, que empuñaba el revólver. Sentíase fuerte, repetía en su interior que aquello no era nada, pero el cuerpo se negó con súbita torpeza a obedecer su voluntad. Parecía pegado al suelo por dolorosa simpatía.

Vio claramente el bulto negro del enemigo, inmóvil ante el punto de mira de su revólver. Le vio cada vez más turbio, más indeciso, como si la noche se obscureciese por momentos. Avanzaba cautelosamente, también con un arma en la mano, sin duda para rematarlo. Entonces tiró del gatillo una, y otra, y otra vez, creyendo que el arma no funcionaba, sin llegar a oír sus detonaciones, diciéndose en su desesperación que el enemigo iba a caer sobre él privado de defensa. Ya no le veía. Una niebla blanca se extendió ante sus ojos; le zumbaron los oídos... Pero cuando creía sentir cerca de él a su contrario, la niebla se deshizo, volvió a ver la luz tranquila y azul de la noche, y a pocos pasos, tendido igualmente en el suelo, un cuerpo que se revolvía, que se arqueaba, arañando la tierra, lanzando un ronquido angustioso, un hipo de muerte.

Jaime no pudo comprender este prodigio. ¿Realmente era él quien había tirado?...

Quiso levantarse, y sus manos, al palpar el suelo, chapotearon en un barro denso y caliente. Se tocó el pecho, y también lo encontró mojado por algo tibio y espeso que chorreaba en hilillos sutiles e incesantes. Intentó contraer las piernas para arrodillarse, y las piernas no le obedecieron. Solo entonces se convenció de que estaba herido.

El ladrido de un perro y voces de personas disolvieron estas fantasmagorías de la soledad. De la sombra surgieron luces.

—*Don Chaume! Don Chaume!...*

¿De quién era esta voz femenil? ¿Dónde la había oído?...

No vio más. Sintió que unos brazos suaves, de fina epidermis y dulce calor, le cogían la cabeza. Una voz, la misma de antes, trémula y llorosa, sonó en sus oídos con un estremecimiento que pareció difundirse por todo su cuerpo.

—*Don Chaume! Ay, don Chaume!...*

El herido, antes de perder la vista, sonrió débilmente al reconocer junto a sus ojos unos ojos lacrimosos de amor y de pena: los ojos de Margalida.

XII

Al verse Febrer en una pieza de Can Mallorquí, tendido en una cama alta –tal vez la cama de Margalida–, fue dándose cuenta de lo ocurrido poco antes.

El buen Pep, ceñudo, con una palidez verdosa en su tez oscura, manejaba al herido al mismo tiempo que daba órdenes. ¡Hilas!, ¡muchas hilas!...

Con sus manos rústicas, a las que pretendía infundir cierta delicadeza femenil, pugnaba por formar unos tapones de hilas, introduciéndolos en aquellos orificios de carne, rota y sanguinolenta, que seguían vomitando mansamente el rojo líquido.

Y al ver a don Jaime con los ojos muy abiertos, persistiendo en su sonrisa animosa, Pep siguió hablando para entretener al herido.

Estaba él durmiendo con la pesadez de un sueño incommovible, cuando le despertaron las voces y tirones de su mujer, los gritos de los *atlots* que corrían hacia la puerta queriendo salir. Fuera de la alquería, por la parte de la torre, sonaban tiros. ¡Otro ataque al señor, lo mismo que dos noches antes!...

Pep había encendido el farol que le servía para salir al campo, su mujer cogió el candil, y todos corrieron cuesta arriba hacia la torre, sin pensar en el peligro. El primero que encontraron fue el *Ferrer*, moribundo, con la cabeza chorreando sangre, lanzando aullidos y retorciéndose lo mismo que un demonio... Ya había acabado de penar. ¡Que Dios le acogiese en su misericordia!

Luego habían descubierto al señor, caído de bruces cerca de la escalera de la torre. ¡Ay, don Jaime, qué susto el de Pep y su familia! Le habían creído muerto. En estos trances es cuando se conoce el cariño que se tiene a las personas. Y el buen payés, con su mirada lacrimosa, parecía besar al herido.

Esta mirada de cariño y de zozobra dolorosa fue lo último que vio Febrer. Sus ojos se cerraron, y dulcemente fue cayendo en un sopor, sin ensueños, sin delirio, en la blandura gris de la nada, como si su pensamiento se durmiera antes que su cuerpo.

Desde este instante Febrer perdió la noción del tiempo y de la realidad. Vivía aún: estaba cierto de ello, pero su vida era anormal, extraña, una larga vida de sombra e inconsciencia, con ligeros intervalos de luz.

En un despertar de estos encontró los ojos del *Capellanet*. El muchacho, creyéndole súbitamente mejorado, habló con voz queda para no incurrir en las iras de su padre, que recomendaba el silencio.

Ya habían enterrado al *Ferrer*. El valentón estaba pudriendo tierra. ¡Qué tiros tan certeros los de don Jaime! ¡Qué mano la suya!... Le había deshecho la cabeza.

Otras veces, al abrir el herido sus ojos, veía la figura inmóvil y acurrucada de la mujer de Pep mirándolo fijamente con sus pupilas sin expresión, moviendo los labios como si rezase.

Cuando Jaime, en su turbio despertar, encontrábase con el rostro de Margalida, sentía una impresión placentera que le ayudaba a mantenerse con los ojos abiertos.

El delirio de la fiebre empujaba al enfermo por extraños mundos, donde no persistía la más leve forma de realidad. Se veía otra vez en su solitaria torre. El sombrío cubo no era ya de piedra: estaba formado de cráneos unidos como bloques por una argamasa hecha de polvo de huesos.

El enfermo, en su delirio, comenzaba a sentirse agobiado por la densidad y el número de estos seres, blancos y huesosos, de negros alvéolos y maligna risa, armazones de una vida desaparecida que se empeñaban tenazmente en subsistir, llenándolo todo. Eran tantos, ¡tantos!... Imposible moverse.

Cuando después de mucho tiempo, ¡mucho!, abrió los ojos, se encontró con los de Pablo Valls fijos en él. Le tenía cogido de las manos: le miraba cariñosamente con sus pupilas amarillentas.

El capitán rompió a reír, mostrando sus dientes largos, amarilleados por la pipa.

—¡Ah, buen mozo! —dijo—. Esto marcha, ¿verdad? Ya no hay fiebre: ya no hay nada de peligro. Las heridas marchan bien. Debes sentir en ellas una picazón de mil demonios; algo así como si te hubiesen metido avispa bajo los vendajes. Es la formación de los tejidos, la carne nueva que escuece al crecer.

Valls adivinó una súplica de curiosidad en los ojos de su amigo.

—No hables, no te fatigues... ¿Que cuánto tiempo estoy aquí? Cerca de dos semanas. Leí en los papeles de Palma lo tuyo, y al momento me planté aquí. Tu amigo el *chueta* siempre será el mismo... ¡Los malos ratos que nos has hecho pasar! Una pulmonía, hijo mío, y de las de peligro. Abrías los ojos y no me reconocías, delirabas como un loco. Pero eso se acabó. Te hemos cuidado mucho... Mira quién está aquí.

Y se apartaba de la cama para que viese a Margalida, oculta tras el capitán, encogida y vergonzosa ahora que el señor podía mirarla con ojos limpios de fiebre. ¡Ah, Flor de almendro!... La mirada de Jaime, tierna y dulce, la hizo enrojecer.

Varias tardes hablaron Pablo y el enfermo de los sucesos pasados.

Valls era hombre rápido en sus decisiones.

—Ya sabes que no me canso cuando se trata de un amigo. Al desembarcar en Ibiza vi al juez. Eso se arreglará; tú llevas razón y todos lo reconocen: defensa propia. Unas pocas molestias cuando estés bueno, nada, nada al final... El asunto de tu salud, también está resuelto. ¿Qué más queda?... ¡Ah, sí! Algo más queda, pero también lo tengo en punto de arreglo.

Una vez, al entrar Margalida en el dormitorio, Valls la cogió de un brazo, llevándola junto al lecho.

—¡Mírala! —exclamó con burlesca gravedad al enfermo—. ¿Es esta la que tú quieres? ¿No te la han cambiado?... Dale, pues, la mano, tonto. ¿Qué haces ahí contemplándola con ojos espantados?...

Valls mostrábase conforme con este casamiento. ¿La quería Febrer? Pues adelante... Esto era más lógico que la boda con su sobrina por los millones del padre. Margalida era una gran mujer. Él entendía de estas cosas: cuando Jaime la sacara de la isla.

—Yo he arreglado tu porvenir, pequeño inquisidor. Ya sabes que tu amigo el judío consigue siempre lo que se propone. Te queda en Mallorca con qué vivir modestamente. No muevas la cabeza: ya sé que deseas trabajar, y más ahora que estás enamorado y quieres constituir una familia. Trabajarás; entre los dos montaremos un negocio: hay donde escoger. Yo siempre llevo la cabeza atiborrada de proyectos: es cosa de la raza... Si prefieres irte de Mallorca, te buscaré una ocupación en el extranjero... Es asunto que debe pensarse.

En todo lo referente a la familia de Can Mallorquí, el capitán hablaba con una autoridad de amo. Pep y su mujer no osaban desobedecerle. ¡Cómo discutir con un señor que sabía de todo!... El payés opuso escasa resistencia. Ya que don Pablo deseaba el matrimonio de Margalida con el señor y daba palabra de que esto no traería desgracia a la *atlota*, podían casarse. Era un gran infortunio para los dos viejos verla marcharse de la isla, pero preferían esa tristeza a conservar a su lado como yerno a Febrer, que les inspiraba un respeto irresistible.

Al *Capellanet* le faltó poco para arrodillarse ante Valls. Gracias a él ya no iría al Seminario. Sería payés; Can Mallorquí quedaba para él. Hasta había recobrado de su padre el cuchillo por intercesión de don Pablo, y contaba con la promesa de una pistola moderna regalada por el capitán.

Una mañana de sol, Febrer, apoyado en Valls y en Margalida, avanzó con paso de convaleciente hasta el porche de la alquería. Sentado en un sillón de brazos, contemplaba con avidez el tranquilo paisaje extendido ante él. Sobre la cumbre del promontorio alzábase la torre del Pirata. ¡Cuánto había soñado y sufrido en ella!...

Margalida, luego de contemplar a Jaime con sus ojos amorosos, que aún guardaban cierta timidez, volvió al interior de la alquería para preparar el desayuno.

Quedaron los dos hombres en largo silencio. Valls había sacado su pipa, llenándola de tabaco inglés, y expelía olorosas bocanadas.

Febrer, con la vista fija en el paisaje, abarcando en su retina deslumbrada el cielo, los montes, el campo y el mar, habló en voz baja, como si dialogase consigo mismo.

La vida era hermosa. Lo afirmaba con la convicción del resucitado que vuelve inesperadamente al mundo. El hombre podía moverse libremente, lo mismo que el pájaro y el insecto en el seno de la Naturaleza. Para todos había sitio. ¿A qué inmovilizarse en las ataduras que otros habían inventado, disponiendo del porvenir de los hombres que debían venir detrás de ellos?... Los muertos, siempre los malditos muertos, queriendo mezclarse en todo, complicando nuestra existencia.

—¿Tú crees que los muertos mandan, Pablo?...

El capitán se encogió de hombros.

Febrer sentía honda irritación al recordar sus errores y angustias. ¡Malditos muertos! La humanidad no sería feliz y libre mientras no acabase con ellos.

—Pablo, ¡matemos a los muertos!

—Tienes razón. Matemos a los muertos: pisoteemos los obstáculos inútiles, las cosas viejas que obstruyen y complican nuestro camino. Vivimos con arreglo a lo que dijo Moisés, a lo que dijo Buda, Jesús, Mahoma u otros pastores de hombres, cuando lo natural y lo lógico sería vivir con arreglo a lo que pensamos y sentimos nosotros mismos.

Sus angustias habían terminado. ¡Vida nueva!

No; los muertos no mandan: quien manda es la vida, y sobre la vida, el amor.